

RESEÑAS

Antropólogos y mayas: el encuentro de expectativas *

Héctor Tejera Gaona

El libro de Paul Sullivan, recientemente publicado en español, narra las relaciones entre los mayas del centro de la península de Yucatán con diferentes personajes occidentales como son mercaderes, militares, exploradores, comerciantes, arqueólogos y antropólogos, entre otros. No obstante, se centra en dos personajes notables de la arqueología y antropología de este siglo, Silvanus G. Morley y Alfonso Villa Rojas, respectivamente.

Producto de dos años de investigación en el estado de Quintana Roo, el valor fundamental de esta obra estriba tanto en su invitación a la reflexión sobre lo que ahora denominados “encuentro de culturas”, como en el análisis que se realiza del propio trabajo antropológico y de la posición del antropólogo ante su interlocutor como una relación social entre individuos. A partir de la descripción y el análisis que Sullivan hace de la relación de Morley y Villa Rojas con los mayas, es posible sumergirse en el intrinca-

do mundo de los mayas de la primera mitad de este siglo.

Este encuentro, como el texto lo demuestra, no solamente se traduce en la intersección de expectativas, deseos y proyectos distintos, con sus encuentros y desencuentros, sino en las diferentes lecturas que los personajes que lo viven obtienen con su contacto. Es un libro sobre las dificultades o los límites del diálogo que se convierte, en realidad, en una conversación en el ámbito de la comunicación entre culturas e historias distintas. Al respecto Sullivan nos dice:

“Cada encuentro entre mayas y extranjeros fue un extraordinario experimento en comunicación intercultural. Muchos mayas y extranjeros nunca se habían topado con individuos de las otras especies. No hablaban muy bien el idioma del otro (si es que lo hablaban); estaban guiados por motivos diferentes; tenían ideas diferentes sobre el hablar y el escribir y las clases de seres que pueden usar el lenguaje; tenían otra percepción del lugar, el tiempo, la causalidad y diversos acontecimientos que habían ocurrido antes. No podían compartir un conjunto de respuestas a

* (Sobre el libro de Paul Sullivan, Conversaciones Inconclusas)

preguntas sobre sus diálogos. Cada parte habría planteado diferentes preguntas acerca de lo que acaecía entre ellos.²²

También nos muestra el autor que los “malos entendidos” no son solamente resultado de las dificultades de comunicación intercultural, sino que provienen de proyectos disímiles que no se entrecruzan más que en el ámbito de la relación personal que establecen sus portadores. Estos proyectos, con sus expectativas y deseos, sustentan el ámbito de una relación cuyos objetivos y propósitos distintos, tiene como efecto resultados inesperados para ambas partes. De ello no se escapa Sullivan. Del propósito de realizar un análisis del cambio social entre los mayas, el antropólogo se enfrenta a informantes cuyos intereses y conversaciones se ubican en otro ámbito modificando de esta forma los objetivos de la investigación a realizar. De esta interacción es resultado este libro.

En términos generales, *Conversaciones...* nos enfrenta al hecho de que la historia, para sus portadores como mitos y creencias, se construye a partir de visiones en las cuales los acontecimientos se ubican en un orden significativo. En el contacto intercultural los individuos ponen a prueba los esquemas significativos del encuentro y se construyen nuevos “sentidos”, nuevas interpretaciones de los hechos que no sólo son resultado de los bagajes culturales de quienes los detentan, sino que se entrecruzan con sus deseos, aspiraciones, expectativas y proyectos. Asistimos a contradicciones inherentes a la investigación antropológica y de los propósitos de quienes la realizan: por una parte, a las aspiraciones propias de los proyectos de investigación de analizar y resolver o demostrar ciertos problemas; y, por la otra, a la acción misma del quehacer antropológico en la cual el investigador se rela-

ciona con las personas ubicadas en su espacio de estudio. En esta relación, Sullivan intenta establecer los contactos sociales para realizar su estudio. Ello le implica la convivencia y la permisividad de las personas para entrar en sus espacios íntimos, pero también y como resultado de la relación social propia a cualquier estudio antropológico, la constitución de afectos, de reciprocidades y de compromisos mutuos. El ideal de objetividad se rompe ante esta situación.

Paul Sullivan realiza un recuento de la relación de los descendientes de los mayas que huyeron de la represión del ejército a partir de 1848, al reconquistarse los territorios tomados por los indígenas rebeldes. Migrando a las regiones selváticas más intrincadas de Yucatán y Quintana Roo, los mayas formaron múltiples comunidades en la selva, si bien ello no les garantizó la tranquilidad que deseaban. Además de las incursiones militares y el contacto con algunos exploradores, los mayas se enfrentaron a la curiosidad de quienes deseaban introducirse en los misterios de su ancestral cultura, cuyos restos como Chichén Itzá y Tulúm, entre otros, se aunaron al consiguiente deseo de penetrar en el estudio de la cultura de los asentamientos mayas desperdigados por la península. En los dos primeros decenios de nuestro siglo la relación entre los mayas y quienes intentaron conocer o explorar la selva fueron, en términos estrictos, fugaces y aleatorios. La resistencia de los mayas a las incursiones de extraños en su territorio se conjugó con el poder militar y estratégico, producto de la posesión de armas de fuego y de un amplio conocimiento de la selva para que la relación entre ellos y los extranjeros fuese realmente inexistente. Como nos dice Sullivan

“Los extranjeros contaron y escribieron estas historias para hablar de sí mismos, no de los mayas, de quienes sabían muy poco. Estaban destinadas a enfatizar el coraje de los pioneros

²² Paul Sullivan, *op. cit.* p. 26.

de la investigación científica y a explicar la escasez de logros de las primeras expediciones. Y desde luego estaban destinadas a vender libros".³

Será un rey, Guillermo de Suecia quién tendrá el primer encuentro moderno de este siglo con los mayas en las ruinas arqueológicas de Tulúm en el año de 1922 a las que siguieron otras visitas. En cada una de ellas, los habitantes de la región vigilaron y escoltaron a sus, por lo demás, no deseados visitantes. En el mismo año arriba a las playas de Tulúm Silvanus G. Morley con el propósito de estudiar estas ruinas aunque, como sabemos, la larga estada de este arqueólogo norteamericano en la península se centrará en Chichén Itzá. Tanto Morley como Alfonso Villa Rojas son, aunados a los mayas de diferentes comunidades de la zona, los personajes centrales de una relación ambivalente y a veces conflictiva.

Villa Rojas inicia su recorrido por diversas comunidades mayas a partir de 1932, como ayudante de investigación de Redfield, enfrentando la hostilidad de los mayas hacia los profesores, a quienes los primeros consideraban tanto espías del gobierno, como promotores de la corrupción de las costumbres entre los jóvenes indígenas. El etnólogo mexicano decide ocultar sus propósitos y durante los recorridos exploratorios se hace pasar por comerciante.

Sullivan nos narra cómo los intereses de Morley y Villa Rojas, los problemas de comunicación, y las expectativas de los mayas se conjugan en un intrincado laberinto de encuentros y desencuentros cuyos ejes combinan los deseos de los investigadores por mantener los espacios de relación con sus ambiguos anfitriones y lograr sus propósitos personales y científicos, con las expectativas de los indígenas por contar con

aliados extranjeros en contra de "los mexicanos" a la vez que se resisten a la intromisión de los mismos en sus comunidades y lugares sagrados. Muchas de las ambivalencias y los malos entendidos entre unos y otros, son producto de las dificultades de la comunicación y las distintas interpretaciones lingüísticas e incluso, de la manipulación de la traducción de misivas que se intercambiaron entre ellos. No obstante, por una parte, Morley intentó mantener en la medida de lo posible expectativas que, sin prometer demasiado, le permitiesen cierta estabilidad en su relación con los mayas, para continuar permaneciendo en Chichén Itzá, y, por otra, los mayas interpretaron las respuestas del arqueólogo a sus cartas de forma tal que su lectura se situaba en un ámbito acorde con sus intereses y deseos. Las solicitudes de los mayas de que Morley les consiguiese armas para continuar resistiendo a "los mexicanos" y lograr la independencia de su territorio, fueron traducidas como peticiones de otra índole y el arqueólogo, deseoso de mantener una buena relación con los indígenas, inició una relación epistolar en que, por lo demás, los mayas fueron mucho más activos. Es interesante cómo la relación entre Morley y Villa Rojas, por intermediación de Redfield, complica aún más la intrincada comunicación con los indígenas. Suscitando su presencia a través de las cartas de presentación que Morley escribe a los mayas para que el investigador pueda ubicarse en el poblado de Tuzik, éste se ostenta como el representante de los norteamericanos que hablaría con los jefes, lo que permite un mayor acceso a la comunidad con base en la esperanza de los mayas de que los extranjeros les otorgasen ayuda para resolver sus distintos problemas. Entre ellos destacan el precio del chicle, la invasión de los chicleros a su territorio —mismo que era considerado propiedad de la nación— y la formación de asentamientos de migrantes. Para ello directamente

³ Paul Sullivan, *op. cit.* p. 44.

solicitarán a Morley como puntos centrales, la ayuda en armas y la anexión de su país a Estados Unidos.

Conversaciones inconclusas... es un estudio histórico y contemporáneo que analiza tanto el contacto como el cambio social que manifiestan

los mayas descendientes de quienes se alzaron en armas en lo que denominan “la Revolución”, la Guerra de Castas, como la cosmovisión actual de los mayas. La visión del presente y el futuro de una sociedad que se modifica al ritmo de los cambios en el contexto nacional e internacional.